

presencia del ejército. Otros varios que se hallaban ausentes fueron condenados á la misma pena, treinta y seis fueron sentenciados á presidio, y el resto del batallón fué refundido en los demás regimientos. Pasó despues á Pamplona donde hizo sufrir la misma pena al coronel Iriarte, comandante de los tiradores, como iniciado en una conspiracion, al comandante Barricart, y á varios sargentos del mismo cuerpo.

Terminaremos este capítulo con una rápida ojeada del aspecto que la guerra presentaba en este período en las demás provincias de España. Donde más imponente se presentaba era en Aragon y Valencia, gracias á la influencia de Cabrera. Los constitucionales consiguieron algunas victorias á principios de este año, y Cabrera poco despues cayó sobre una brigada entre Liria y Valencia y la destrozó completamente en el Plá del Pou. Los prisioneros de aquella accion, trasladados con el campamento carlista á Burjasot, fueron bárbaramente asesinados á la vista de los jefes de D. Carlos, mientras que estos en union de su general celebraban un banquete, donde se embriagaron con el vino y con el espectáculo de la sangre derramada de una manera tan feroz, y con una complacencia tan infernal.

El general Oraa fué puesto al frente del ejército que el Gobierno de la Reina destinó para la persecucion de Cabrera, pero no pudo impedir que este se apoderase de Cantavieja y del fuerte de San Mateo, cuyos prisioneros, siguiendo el habitual sistema de Cabrera, fueron muertos á bayonetazos. Despues de estos sucesos fué cuando D. Carlos se presentó en las orillas del Ebro, y Cabrera se le incorporó para dirigirse unidos como hemos visto hácia Madrid.

Disgustado Cabrera, como dijimos, con la conducta poco enérgica de la córte de su príncipe, abandonó la expedicion, y se trasladó de nuevo al Maestrazgo, continuando por él sus correrias, y preocupado con la idea de apoderarse de Morella.

Los sucesos de Cataluña fueron de escasa importancia, pues la guerra allí era tumultuaria, sin plan ni concierto, y reducida á contiínuas correrias y sorpresas. Merecen sin embargo citarse la derrota que el coronel Iriarte hizo sufrir á la partida de Jabot, y la que sufrió Tristany junto á Calaf. Tambien los carlistas obtuvieron algunas ventajas, tales como la sorpresa del coronel Oliver, la derrota de los milicianos de Mataró, y la toma de Solsona por Tristany.

Los cabecillas de la Mancha continuaron en su sistema de pillaje y saqueo que era lo que únicamente buscaban á la sombra de la bandera de D. Carlos. Distingúianse entre estos facinerosos, Morago, Peñuelas, Orejita y sobre todo Palillos. Este último fué derrotado en los campos de Granátula por el comandante general de la provincia, Malú. Los nacionales de Bolaños, sorprendidos despues por Palillos, tuvieron que rendirse, lo que no fué un inconveniente para que luego fueran fusilados. El comandante general de Toledo destrozó despues en Alamin á los partidas reunidas de Jara, Peco y Solano, fuertes con cuatrocientos hombres.

En general el aspecto de la campaña de 1837 se presentó favorable á la causa constitucional, pues aunque sufrió grandes reveses, fueron mucho mayores los de D. Carlos, y se demostró palpablemente la impopularidad de la causa del despotismo.